

Consecuencias mediatas e inmediatas de las Invasiones Inglesas 1806-1807 *

Por **Alberto Allende Iriarte**

De todas las colonias americanas que tuvo España no hay duda de que fue nuestro territorio el que sufrió una agresión sostenida y continuada del imperio británico.

En el Río de la Plata, la corona británica brindó apoyo a los portugueses desde la fundación de la Colonia del Sacramento en 1680 por don Manuel Lobo. Este apoyo se manifestó en la política de penetración económica a través del contrabando, realizado con el ingreso de manufacturas británicas a Buenos Aires para ser distribuidas en las principales ciudades del Virreinato.

Con el advenimiento de las máquinas a vapor se produjo en el siglo XVIII la Revolución Industrial, liderada por Inglaterra, quien al aumentar la capacidad productiva de sus factorías precisaba nuevos mercados económicos que recibieran el incremento de sus manufacturas. La pérdida de las colonias del norte de América y su lucha con Francia, que ejercía un férreo bloqueo, hacía necesaria la obtención de materias primas para su industria, por lo que se lanzó a la búsqueda de nuevos territorios.

La decisión de España de alinearse con Napoleón produjo su enfrentamiento con Inglaterra y, por ende, los territorios coloniales de ésta pasaron a ser una presa cotizada por el imperio británico.

En 1804, Lord Melville, el primer ministro Pitt y el comodoro Popham proyectaron un ambicioso plan, en el que Francisco Miranda tendría una ac-

* Especial para *Revista del Notariado*.

tiva participación, ya que desde hacía tiempo trataba de interesar a las cortes europeas para lograr la independencia de las colonias españolas de América.

Sir David Bair, en su expedición y con una escuadra de seis unidades al mando del comodoro Sir Home Popham, se apoderó de la colonia holandesa del Cabo de Buena Esperanza.

Luego de esta incruenta conquista, poco le costó al comodoro Popham convencer a Sir David Bair de la conveniencia de implementar su suspendido proyecto de expedición al Río de la Plata. En consecuencia, éste le entregó cinco transportes escoltados por cinco buques de guerra, con parte de las tropas acantonadas en el Cabo, conformadas en especial por el legendario Regimiento N° 71 de Infantería a cargo del teniente coronel Dionisio Pack, las que fueron puestas a las órdenes del brigadier general William Carr Beresford.

Dado que nuestro objeto son las consecuencias mediatas e inmediatas de las Invasiones Inglesas, no analizaremos el aspecto militar de la conquista de Buenos Aires por Beresford, ni la gloriosa reconquista por Santiago de Liniers. Tampoco trataremos la catastrófica derrota sufrida por el teniente general John Whitelocke, que con una flota de 24 naves de guerra y con más de 12.000 hombres a su mando, no pudo conquistar la ciudad de Buenos Aires, defendida por Liniers y Álzaga con no más de 8.000 hombres.

Los atacantes eran soldados aguerridos y veteranos, mientras que la mayoría de los españoles y criollos que defendían la ciudad eran inexpertos milicianos precariamente armados.

Las consecuencias que tuvieron las Invasiones Inglesas fueron de tipo comercial, social, político y militar; también alcanzaron a los principales personajes que en ellas participaron, tanto a los invasores británicos como a los defensores de estos territorios coloniales.

En primer término, cabe destacar que el pueblo adquirió conciencia de su propio valer, no sólo eliminó prácticamente la discriminación que existía entre españoles y criollos, sino que le dio a los habitantes de estas tierras ideas de libertad, de practicar un comercio libre y el deseo de ejercer la voluntad popular, siempre sofrenada por la rigidez del concepto autoritario de la monarquía. La convivencia con los oficiales británicos prisioneros en Buenos Aires transmitió a los principales vecinos nuevas ideas políticas y, en especial, les hizo entender los beneficios que representaba para la comunidad un intercambio comercial libre y exento de los perjuicios que causaba a la economía el régimen del monopolio impuesto por España.

La proclama de Beresford durante su gobernación, en el sentido de permitir a los ciudadanos de estas colonias ejercer libremente el comercio y apartar su ejercicio del rígido sistema del monopolio implantado por España, junto a la información recibida a lo largo de su convivencia con los soldados ingleses, hizo sentir a los habitantes del Río de la Plata que, a partir de entonces, se podría ejercer el comercio de una manera libre y llena de beneficios, lo que redundaría en una mayor prosperidad para estas colonias.

La seguridad de los ingleses de recuperar Buenos Aires se manifestó en la enorme expectativa de los comerciantes británicos, que hicieron llegar naves

repletas de mercaderías inglesas, ingresadas a Montevideo durante los meses de la ocupación británica. Al no poder realizar los negocios programados, la mayor parte de estas mercaderías fue mal vendida por los comerciantes que las trajeron.

Ese impulso explosivo de una práctica comercial hasta entonces desconocida motivó a los pobladores de estas colonias a iniciar una nueva modalidad en la actividad comercial, que nació como una consecuencia de la incursión británica.

La rígida administración colonial española había establecido como una norma casi monolítica que los funcionarios del virreinato –no sólo el área ejecutiva del gobierno, sino también los integrantes del Cabildo así como los jefes militares– fueran designados en vecinos que revistieran su calidad de españoles. Por esta razón los criollos sólo podían ocupar, en algunos casos, cargos subalternos y sin relevancia, lo que implicaba una verdadera discriminación hacia los nativos.

Es indudable que la participación de muchos criollos, que actuaron de manera preponderante en las acciones contra los británicos y, en muchos casos, con mayor idoneidad que los españoles, produjo un cambio rotundo en este sentido ya que, a partir de esos acontecimientos, los nacidos en estas colonias tuvieron un trato igualitario al de los hijos de España y demás ciudadanos europeos.

El triunfo sobre las armas británicas, aparte de su importancia militar, dio origen a un cambio radical en el orden político de la colonia. La fuga del virrey Sobremonte exaltó el espíritu público y el vacío producido por la ausencia de una cabeza visible del gobierno determinó que el poder se encontrara en otras manos. Es así como se convocó a un Cabildo abierto, constituido por cien vecinos notables, para deliberar sobre su propia suerte. Reunido este congreso y presionado por una multitud agolpada a sus puertas, aclamó a don Santiago de Liniers, invistiéndolo del mando militar. Mitre señala que “fue ésta una verdadera revolución, y la primera en que ensayó su fuerza el pueblo de Buenos Aires”.

Como una consecuencia fundamental de la invasión británica, se logró poner fin a la discriminación política existente entre españoles y criollos, y de ahí en más, los Cabildos permitieron la incorporación de nativos, quienes también fueron designados para ejercer importantes funciones de gobierno y como jefes de diversos regimientos.

Todo este movimiento culminó en la Revolución de Mayo, durante la cual la participación de los criollos fue decisiva en la conformación de la Primera Junta y, como muestra de esta transformación, su presidente fue el coronel don Cornelio Saavedra, nativo del bajo Perú, mientras que sus principales y más activos miembros también fueron criollos.

A partir de esta modificación en los altos mandos de las fuerzas armadas coloniales, en virtud de la cual los criollos tomaron de manera relevante los puestos de conducción, se inició en las colonias rioplatenses y luego en nues-

tra patria una preponderante influencia de los cuadros militares en la vida política del país.

Las fuerzas armadas, que nacen con anterioridad a la nación misma, son una consecuencia militar de las Invasiones Inglesas y serán, a partir de su nacimiento, un pilar fundamental en la vida institucional de la república.

Seis de los protagonistas principales que como héroes actuaron en la reconquista y defensa de Buenos Aires terminaron trágicamente su vida. Liniers, Gutiérrez de la Concha y el coronel Santiago Allende fueron fusilados por orden de la Primera Junta. El alcalde Martín de Álzaga y Felipe Sentenach fueron ajusticiados por orden del Triunvirato, y el virrey Francisco de Elío, por defender el régimen absolutista de Fernando VII, murió en España bajo el garrote vil, por orden de los liberales. El virrey Sobremonte, si bien en su juicio fue sobreseído de sus cargos, murió oscuramente en España. Rodríguez Peña y Padilla, que ayudaron a escapar a Beresford de su prisión en Luján, terminaron sus días repudiados por su traición.

Por su parte, los invasores ingleses tuvieron distintas consecuencias: el mayor general Beresford y el almirante Popham continuaron sus importantes carreras militares y fueron reconocidos como héroes del reino. El teniente general Whitelocke, responsable principal del fracaso británico, al ser juzgado fue encontrado culpable de todos los cargos, dado de baja y declarado inepto e indigno para servir a SM en cualquier clase militar.

El diario *The Times* de Londres, en su edición del 14 de septiembre de 1807, calificó el fracaso militar británico en el Río de la Plata como “un desastre, acaso el más grande que haya experimentado este país desde el comienzo de la guerra revolucionaria (de Norteamérica)”. También un artículo aparecido en *The London Gazette*, al referirse a la invasión expresaba: “Este ha sido un asunto desgraciado desde el principio al fin. Los intereses de la Nación, así como su prestigio militar, han sido seriamente afectados. El plan original era malo y mala fue su ejecución. No hubo nada de honorable o digno en él: nada a la altura de los recursos o el prestigio de la Nación. Fue una empresa sucia y sordida”.

Pero si para Inglaterra sus fracasos en las expediciones al Río de la Plata significaron un enorme agravio en su prestigio militar y en su honor como potencia imperial, para los habitantes de estas colonias españolas, en cambio, el hecho marcó el despertar de su vida política y, sobre todo, el nacimiento de una práctica económica desconocida, que hacía tomar conciencia del retrógrado sistema hasta entonces imperante, representado por el monopolio impuesto por España a sus colonias.

No puede desconocerse la influencia recibida por Inglaterra a partir de sus invasiones, no sólo en los aspectos políticos, económicos, en lo cultural y en lo deportivo, sino también en otras ramas, como la explotación agropecuaria, tan importante para nuestro país en su faz económica.

La penetración de Inglaterra en nuestra economía aparece con una fuerza arrolladora en los proyectos de la generación del '80 y podemos decir que su influencia es notoria hasta la finalización de la primera mitad del siglo XX.

Mucho se ha escrito opinando si la presencia de Inglaterra fue negativa o positiva para nuestra Nación. Nosotros consideramos que en el balance de lo recibido, si bien nuestro país pagó un precio alto, también fue beneficiado. Gran Bretaña obtuvo ingentes réditos con esta relación y nuestro país, por su influencia, despertó de su letargo colonial y recibió, entre otras cosas, el aporte de los caminos de hierro que, surcando todo nuestro territorio, hasta entonces un desierto, producían el nacimiento de pueblos y ciudades desde los cuales, por medio del ferrocarril, se transportaban los productos y las riquezas que hicieron que fuéramos llamados el granero del mundo.

La ganadería se vio enriquecida con la introducción de las razas más selectas de animales, que nos darían fama mundial por la calidad de las carnes y la excelencia de los ejemplares.

Sin querer ser frívolo, también recibimos como un aporte la enseñanza de los más diversos deportes creados por ellos, en los cuales fuimos excelentes alumnos. Solamente a título de ejemplo podemos señalar que somos los mejores del mundo en polo y estamos también entre los mejores del mundo en fútbol, rugby, tenis y hockey.

La aplastante derrota sufrida por los británicos en su incursión al Río de la Plata en 1806 y 1807 significó que desistieran definitivamente en su pretensión del dominio pleno sobre estos territorios. Pero, sin lugar a dudas, lograron implementar su plan alternativo de dominar económicamente nuestro país mediante una penetración comercial, en la que ellos ejercían un manejo casi exclusivo. Inglaterra recibía nuestros óptimos productos primarios sin valor agregado alguno y colocaba, casi sin competencia, sus diversos bienes manufacturados producidos por su gran desarrollo industrial.

El ferrocarril, que significó un gran progreso para el país, los frigoríficos y los puertos que se prepararon al efecto, fueron los pilares de esa Argentina que por entonces, con la intervención de Inglaterra, cumplía la función de abastecer al mundo con sus productos agrícola-ganaderos.

Muchos de los soldados británicos que se quedaron en nuestra tierra se constituyeron en los primeros miembros de una colonia que tuvo una gran participación en el desarrollo del país. El pequeño grupo inicial se incrementó con las primeras inmigraciones que llegaron en las postrimerías del siglo XIX. Los galeses poblaron con sus ovejas los campos del sur y crearon prósperas estancias en esos desérticos parajes. Muchos ingleses y gran número de irlandeses trabajaron también en el campo con ganado ovino, equino y vacuno, en especial en las provincias de Buenos Aires, Córdoba, Santa Fe y San Luis. A ellos se debe la introducción de los animales finos, que dieron por resultado la excelencia de las razas que hoy pueblan nuestros campos.

Con el telégrafo, el ferrocarril y los teléfonos llegó un gran número de técnicos y funcionarios de esas empresas, que realizaron excelentes trabajos de ingeniería vial, topográfica y, sobre todo, de hidráulica; en este sentido, construyeron canales aliviadores y puentes, que hoy sorprenden por su perfección técnica.

Estos integrantes de la colonia británica se acriollaron y formaron sus fa-

milias con hijos de nuestra tierra. Fueron profesionales, fundadores de colegios, de empresas comerciales y se dedicaron a la actividad agropecuaria. En definitiva, se puede sostener que fue una colonia laboriosa que contribuyó al desarrollo de nuestra Nación.

Si bien aceptamos que en ese dar y recibir, los británicos, como maestros del comercio que son, pueden haberse beneficiado en grado sumo en su relación bilateral con nuestro país, como argentinos no podemos disimular el profundo dolor que nos produce el agravio recibido por la usurpación británica de nuestras islas Malvinas a partir de su ocupación en 1833.